

LA ESPIRITUALIDAD COMO MEDIO DE DESARROLLO HUMANO

Spirituality as a Means for Human Development *A espiritualidade como meio de desenvolvimento humano*

CARLOS JULIÁN PALACIO VARGAS*

Resumen

El mundo contemporáneo es asistido por múltiples manifestaciones que dicen llamarse espiritualidad. En su esencia, el ser humano es espiritual, aunque esta realidad se haya diluido en medio de las prácticas religiosas. La espiritualidad viene desde adentro, es una especie de fuerza interna que dinamiza las dimensiones del ser humano. La religión busca externalizar dichas manifestaciones, principios y creencias. Ser espiritual es avivar las posibilidades de estar permeado por el mundo de Dios; independiente de la creencia que se tenga en él, la espiritualidad es siempre estar dispuesto a recibir de su esencia la luz, fuerza y bondad con la que puede llenar al ser humano. Pero, ¿ha permitido la religión y sus ritos consolidar este proyecto humano – divino? La finalidad

* Magíster en Educación y Desarrollo Humano, CINDE – Universidad de Manizales (2011). Docente Colegio Montessori Medellín y de la Universidad Católica de Oriente. Miembro del Grupo de Investigación Kénosis de la Universidad Católica de Oriente. El artículo es producto del Proyecto de Investigación Espiritualidad y Posmodernidad, 2012 – 2014.

Correo electrónico: carjulianp@hotmail.com

Artículo recibido el 5 noviembre 2014 y aprobado para su publicación el 17 marzo de 2016.



de Dios en relación con el ser humano es su felicidad: ¿es posible alcanzar este ideal? El ser humano feliz avanza y se desarrolla: ¿es la espiritualidad un medio para el desarrollo humano? El planteamiento se deja abierto para que el lector indague en su propia experiencia. El fin último es comprender la espiritualidad como un medio de desarrollo humano.

Palabras clave

Espiritualidad, Religión, Desarrollo, Sentido, Vida.

Abstract

There are different manifestations within the contemporary world that define themselves as spirituality. The human being is essentially spiritual, though such a reality has dissolved itself in the religious practices. Spirituality comes from inside, it is a kind of inner force that mobilizes the dimensions of the human being. Religion aims to express such manifestations, principles and beliefs. To be spiritual is to heighten the possibilities of being infused by the world of God. Independent of the belief one might have in God, spirituality is always being ready to receive from his essence the light, strength and kindness with which the human being might be provided. However, have religion and its rites permitted the realization of this human-divine project? The purpose of God in relation to the human being is the happiness of the latter: is it possible to achieve such a purpose? The human being that is happy progresses and develops: is spirituality a means for human development? The question remains unanswered with the aim that the reader inquire into his very own existence. The purpose of the article is to understand spirituality as a means for human development.

Keywords

Spirituality, Religion, Development, Sense, Life.

Resumo

O mundo contemporâneo presencia múltiplas manifestações que se dizem chamar espiritualidade. Em sua essência, o ser humano é espiritual, ainda que

esta realidad se tenha diluído no meio das práticas religiosas. A espiritualidade vem de dentro, é uma espécie de força interna que dinamiza as dimensões do ser humano. A religião busca externar tais manifestações, princípio e crenças. Ser espiritual é avivar as possibilidades de estar permeado pelo mundo de Deus; independente da crença que se tenha nele, a espiritualidade é sempre estar disposto a receber de sua essência a luz, força e bondade com a qual se pode encher o ser humano. Mas, a religião e seus ritos têm permitido este projeto humano-divino? A finalidade de Deus em relação ao ser humano é sua felicidade: é possível alcançar este ideal? O ser humano feliz avança e se desenvolve: a espiritualidade é um médio para o desenvolvimento humano? O questionamento fica em aberto para que o leitor indague sua própria experiência. O fim último é compreender a espiritualidade como um meio de desenvolvimento humano.

Palavras-chave

Espiritualidade, Religião, Desenvolvimento, Sentido, Vida.

EL CONTEXTO

Cada época trae consigo las mediaciones de la cultura, aquellas que necesariamente no tienen que estar supeditadas a los límites de la temporalidad; pero es justamente en dichas mediaciones donde el ser humano, como sujeto de significaciones, se hace un lugar en el mundo y para el mundo. Ya sea que la espiritualidad o la misma cultura lo provean, el ser humano estará siempre en camino constante de transformación.

Las demandas de hoy reclaman un sujeto que, dispuesto a subjetivarse, sea capaz de comprender al otro y llegar a ser en él, sin perderse a sí mismo; se reclaman sujetos que sean capaces de ser en el mundo sin perderse en él. La espiritualidad es la puerta que moral y éticamente está abierta a las vías de la transformación, entendida esta como aquella apuesta que posibilita la significación de cada espíritu y la expansión de sus ideales. Siempre con miras al colectivo, a lo nuestro, a aquello que nos es, de lo que soy parte sin

perder mi esencia, porque es precisamente esa esencia, la mía y la del otro o lo otro, la que construye el mundo, la cultura, la vida.

Nuestro mundo cada vez es más espiritual, no en el sentido tradicional del término, más sí en el valor que se le da a la trascendencia del espíritu desde múltiples significaciones. La cuestión está clara: la espiritualidad siempre abrirá camino a la transformación. Castillo (2008) lo expresa de la siguiente manera:

Cada día aumenta el número de personas que experimentan más y más, no ya la simple curiosidad por el esoterismo o cosas parecidas, sino la necesidad de vivir una espiritualidad coherente con las nuevas situaciones debidas al rápido y profundo cambio cultural del momento presente. (p 17)

Y pareciera que este trozo de humanidad que nos corresponde se nos escurre entre los límites del tiempo y el espacio; pues en medio de las múltiples circunstancias por las que atraviesa la condición humana nos encontramos de cara a la realidad del Otro y de lo Otro como esencias vivas, cooperadas y necesarias de la misma condición de finitud que nos acompaña. De esta forma dice González (2001) que “ quizás sea esa conciencia de nuestra finitud la que, desde tiempos inmemorables, nos haya permitido –entre muchas otras cosas- dejar todo tipo de huellas de nuestro paso y presencia en el mundo” (p. 133). La espiritualidad marca pautas y traza senderos que otros recorrerán, quizá beneficiando su vida, tal vez transformando el medio, en todo caso, quedará una huella.

Desde la misma experiencia inexperimentada del nacimiento, las personas trasiegan por las coordenadas de la historia que las reclama, las apresta y lanza a la misma vida: nunca serán lo que son ni llegarán a ser lo que sueñan si anclados a la experiencia de vivir, no construyen conocimiento de vida que esté permeado por la esperanza. Y la esperanza es una categoría netamente espiritual, que debe ser emancipada para generar el impacto que se espera. La vida debe ser pensada, reflexionada, trascendida ¿qué mejor que la espiritualidad para hacerlo? Lo que queda en juego es la manera como se está entendiendo la espiritualidad.

Desde el tiempo o sin él, siendo conscientes de esta finitud que nos acompaña, cada posibilidad de ser nos lanza al abismo de la cultura, para interpretarla, significarla y subjetivarla; y la espiritualidad es herencia

cultural. En todo caso, seremos lo que nos permitan, lo que nos enseñen, lo que aprendamos, lo que soñemos. Lo que permitamos ser al Otro y a lo Otro.

Nuestra humana condición de aprendices reclama la sublimación del espíritu, para anclarnos a la no finitud de ser y estar en cada resquicio de tiempo e historia, como sujetos subjetivados que resignifican el pasado, transforman el presente y construyen el futuro. En otras palabras, somos sujetos en constante estado de emancipación espiritual. La clave será problematizar la espiritualidad, para comprenderla, reflexionarla y permitir que llegue decantada a la práctica cotidiana.

1. LA ESPIRITUALIDAD: ¿UN SINGULAR QUE SE HACE PLURAL?

Cada palabra tiene su significado y, por lo regular, de acuerdo con lo que ésta representa, se vislumbran las innumerables posibilidades de comprensión que pueda llegar a tener. Y cada palabra, en su sentido, significado, raíz y matiz, nos acerca a una realidad determinada que engloba otro tipo de significaciones. En todo caso, el universo del significado se expande, desde el mismo sentido que podemos llegar a darle a las acciones nombradas en conceptos.

Esta realidad no es ajena a la voz o experiencia significada de la *espiritualidad*. Son variados los matices que se le han dado a la experiencia como tal, para hacerla concepto comprensible por la razón: quizá desde ahí viene una de las tantas imposibilidades para acertar en el enlace con la realidad que transfiere tal concepto.

A continuación, se darán una serie de acentuaciones al respecto, para abrir el panorama sobre lo que se entiende por espiritualidad y, desde allí, cernir el concepto clave sobre el que se ampliará el discurso:

El *Diccionario de la Real Academia Española* (2001) define la espiritualidad como “1. Naturaleza y condición de espiritual. 2. Cualidad de las cosas espiritualizadas o reducidas a la condición de eclesiásticas. 3. Obra o cosa espiritual. 4. Conjunto de ideas referentes a la vida espiritual”. ¿Qué dice esto de más?

En el *Diccionario de espiritualidad* (2005) encontramos que “ningún ser humano puede vivir sin espíritu, especialmente si se mueve con hondas motivaciones y convicciones. Pertenece, pues, al sustrato más profundo del ser humano)”. De esta forma se va abriendo la comprensión de esta experiencia como una condición inherente al ser humano y, desde allí, de manera especial, a aquellos que tienen en su vida un sentido distinto. Es decir, hablar de espiritualidad en las concepciones básicas o fundantes, es significar las motivaciones y aspiraciones genuinas del ser humano desde el orden del espíritu.

En el ámbito cristiano, se encuentra una serie de significaciones que van desde el plano pragmático hasta el límite pastoral, donde las acciones deben evidenciar tanto lo que se piensa como en lo que se pueden transformar dichos pensamientos. Al respecto, Gutiérrez (1990) expresa: “una espiritualidad es una forma concreta, movida por el Espíritu, de vivir el Evangelio” (p. 224). Es decir, ser espiritual necesariamente es una apuesta por el seguimiento de Jesús, pero un seguimiento que es movido por el Espíritu; de ahí que se pueda afirmar, entre tanto, que la razón como iluminación no es vía de acceso o denominación de espiritual. Quizá los pensadores positivistas tengan mucho que opinar al respecto, pero ese no es el objeto de este escrito.

Según Estrada (1992), “podríamos definir la espiritualidad como la vida según el espíritu, es decir, la forma de vida que se deja guiar por el espíritu de Cristo” (p. 14). Esto es directamente un acercamiento matizado con el ideal cristiano, donde la espiritualidad responde a un proyecto de vida trazado a la luz de la acción del espíritu de Dios. En este sentido, ser espiritual, es vivir bajo la guía de Dios a través de lo que su espíritu comunique al creyente.

Posteriormente, y bajo esta misma línea de pensamiento, se encuentra Gamarra (1994) quien afirma que “es común presentar la espiritualidad como sinónimo de *vivir bajo la acción del Espíritu*” (p. 36). Y por imaginario colectivo, se sabe que toda aquella orientación que afirma una vida guiada por la acción del Espíritu, es una tendencia netamente cristiana. Quizá otras manifestaciones hablen de discernimiento en el Espíritu, pero aquí la percepción está más asociada a la acción como tal, ejercida por el Espíritu de Dios, que a las amonestaciones surgidas en el orden espiritual.

La espiritualidad es, entre líneas, una de las posturas vanguardistas que más fracturas ha sufrido, debido a las múltiples vertientes que de ella emanan. Hoy cuando las significaciones de vida para el ser humano están dinamizadas por el asunto de la integralidad, la espiritualidad entra a formar parte de esos múltiples componentes que edifican al sujeto. Y esto es necesario. Pero la emancipación de costumbres, culturas y significaciones no ha permitido que se tenga un norte claro para direccionar la experiencia del ser humano que se dice, a sí mismo, espiritual.

¿Dónde ha estado la falla? Efectivamente, ni siquiera la popularidad de “espiritualidades” es la esencia del asunto: esto apunta a una mala comprensión de la religión y más específicamente de la religiosidad. Quizá de una manera más precisa Vidal (1999) lo argumenta al afirmar que:

...dado el pluralismo religioso en el que vivimos, hay que trabajar también en el campo de la religiones y en el campo del lenguaje humano, la posibilidad de percibir no sólo el trascender del hombre, sino el camino que Dios hace hacia nosotros, el trascendernos Dios mismo nuestras mediaciones religiosas y lingüísticas, y conseguir así alumbrar en nosotros *su* verdad. (p. 601)

Aquí el asunto abre otras dimensiones: la espiritualidad es ese trascender a Dios y dejar que él trascienda en la vida entera. Mirarlo así es también permitir que la espiritualidad sea un camino hacia la luz, aquella que lleva a la verdad; no necesariamente una verdad enmarcada en un cuadro de creencias determinadas, o dicho de otra manera, no propiamente religión. La espiritualidad es más que una apuesta por los enfoques o maneras religiosas, quizá esa ambivalencia es la que ha hecho que pululen tantas espiritualidades, como contrarespuestas a las estructuras religiosas, que a algunos cansa y a otros confunde.

La espiritualidad como un singular es una comprensión del acto mismo que hace el espíritu humano por trascender sus dimensiones de vida y direccionarlas desde la fuerza divina, entendida ésta como Espíritu Santo, energía, luz interna, soplo vital, o como quiera que la llamen las apuestas plurales. En todo caso, al parecer, la espiritualidad es un singular que se ha vuelto plural. Epistemológicamente no existen muchas espiritualidades,

existe, más bien, una experiencia de trascender llamada espiritualidad que se vehiculiza desde múltiples opciones y decisiones: válidas o no para los criterios culturales, sociales y religiosos, son, en todo caso, una apuesta por trascender aquello que llamamos espíritu.

Dadas estas condiciones, y teniendo presente el ámbito cultural, social y religioso que acompaña el mundo actual, sea por tradición o por decisión, es necesario abrir las posibilidades al diálogo interreligioso, en un mundo multicultural, donde el pensamiento y la acción son el marco ético del otro, son el lenguaje de vida Eson, en otras palabras, las acentuaciones de la espiritualidad que se cuele en la realidad (Vidal, 1999, p. 611). Sea que se viva en singular o en plural, la espiritualidad requiere, y con urgencia, expandir las fronteras del conocimiento y la comprensión a otras posibilidades de vida, para entender las otras manifestaciones del espíritu.

¿Cómo entender entonces la espiritualidad hoy? El mundo contemporáneo ha denominado ciertas experiencias de religiosidad, o en ocasiones religiosas, como espiritualidad, cuando en el fondo son simples expresiones de un código de creencias que ha generado crisis conceptuales en el ámbito experiencial debido a la pluralidad. Estos matices permiten comprender algunos aspectos que de manera tradicional y emergente dan lineamientos para la comprensión de tales experiencias.

En un primer momento se podría afirmar que en la actualidad existe un código de espiritualidad complaciente, aquella manifestación y expresiones que buscan hacer ruptura con el legado del dolor, y eso es bueno y necesario, sólo que paralelamente esto ha llevado a que se signifiquen ciertas expresiones como espirituales de manera irresponsable e irreal, porque no todo lo que me permita trascender y armonizar mi ser interno puede ser llamado espiritualidad. Es una especie de espiritualidad en las nubes.

Frente a este fenómeno no se puede negar que el cristianismo con su legado de dolor ha dado una gran aportación, pues es usual encontrar seguidores del Cristianismo que afirman que la espiritualidad es un aspecto exclusivamente del espíritu, por lo tanto se opone de manera directa a la materia, a lo que genera goce, al disfrute de la vida, a los sentidos, a las sensaciones, al placer; en otras palabras, a aquellos detalles que también contribuyen para la felicidad humana, por lo tanto para ser espiritual hay

que renunciar a ciertas condiciones de la humanidad (Castillo, 2008, p. 53). Estos aspectos le permiten a las generaciones de contestación y vanguardia cultural generar nuevas opciones para vivir la espiritualidad.

En un segundo momento, y quizá como consecutivo a la estructura descrita, se encuentra el hecho de que gran parte de las nuevas generaciones asistidas en el mundo actual carecen de la capacidad para ser tolerantes ante la frustración, por lo tanto, no hay preparación para el sufrimiento y aquellos elementos afines, sin necesidad de afirmar que la espiritualidad genere y requiera sufrimiento, pero sí voluntad, disciplina, autocontrol y determinación, aspectos muy poco perfilados en personalidades de corte complaciente y bajas en aceptación del infortunio en la vida.

Aquí surge la pregunta: ¿qué se busca con la espiritualidad o en la espiritualidad? Castillo (2008) comenta al respecto:

...los hombres y mujeres de este mundo lo que lógicamente queremos es ser felices, realizarnos plenamente, conseguir el logro de nuestras aspiraciones y anhelos más profundos. De ahí que una espiritualidad que entra en conflicto con esas aspiraciones y anhelos es una espiritualidad abocada al fracaso. (p. 56)

Estos ideales, lógicamente trazados desde la perspectiva de una espiritualidad que va acompañada de estructuras religiosas, revienta la capacidad de encontrar felicidad, porque implica conjugar las necesidades del espíritu con las demandas de la religión. Una vez más se teje la relación: Religión, Espiritualidad, Humanidad.

Ahora, en contraposición a estas dimensiones cortantes de lo humano para vivir en el espíritu, surge la resignificación del sentido de espiritualidad: aquella idea en estado de emancipación que cada vez, y con más fuerza, cobra sentido en la vida del creyente y del indiferente: la espiritualidad tiene que tocar la vida y la realidad. El ser humano que asiste a la expansión de la cultura, de los sentidos, de las interpretaciones, no soporta una estructura estática y fría donde no se evidencien movilizaciones en la forma de ser y hacer la vida; y la espiritualidad como centro del creyente permite el surgimiento del amor, aquél que es más fuerte que la muerte, aquél que toca el fondo de la existencia humana (Tamayo, 2005, p. 66).

La espiritualidad pasa a ser algo más que un sedante o calmante mental, aquella en su ser y quehacer va perfilándose como la base regente de cada uno de los sistemas que direccionan la vida; una vida entendida como “algo serio”, bonito, poético, de orden divino, por lo tanto, sagrada, una vida entendida como don, para dar y recibir. Quienes optan por llevar una vida espiritual, están decidiendo por hacer de su vida algo distinto, no algo raro, simplemente, diferente de lo que hacen otros; en el sentido cristiano, se hablaría de “la forma que es coherente con el Evangelio, *con todo el Evangelio...*” (Castillo, 2008, p. 52). Esta apuesta es quizá una de las más asistidas, como se podrá esclarecer más adelante.

Finalmente, la espiritualidad debe llevar al creyente a discernir los signos de los tiempos, desde los que afectan al orden global, como aquellos que tocan profundamente su existencia. Hoy más que nunca, la espiritualidad está llamada a ser luz en medio de la nebulosa que absorbe al ser humano; entendida la nebulosa como aquella trama de significaciones que rodea los ambientes de desarrollo y actuación del sujeto.

La espiritualidad como camino, como sendero, como vía de luz. El hombre y la mujer que tejen las realidades actuales, abogan por el sentido de la vida y la existencia. Eso también es sed de espiritualidad. No de espiritualidades sino de espiritualidad, la que se entiende en singular, la que permite el paso de la comprensión, la que no confunde, la que abre posibilidades sin necesidad de dogmatizar la existencia.

Como seres fundantes de libertad y hacedores de historia, los seres humanos, con más ahínco que nunca, buscan poder esclarecer las dimensiones de la realidad acompañados de la esencia más íntima que han heredado: el Espíritu. Sin afanes de totalitarismos, podría afirmarse que la espiritualidad es el camino para el encuentro con la esencia: aquella que viene de Dios y que tiende siempre a él: en cualquier condición, en cualquier esquina del mundo, en cualquier religión...

El ser humano está llamado a comprenderse desde Dios y a él tiende. No se es para la religión, se es para una vida con sentido; si la religión lo garantiza, bienvenida sea, si ésta lo obstaculiza, quizá por eso emana la pluralidad de la espiritualidad, para romper el paradigma que me hace ser capaz de Dios, pero incapaz de estar con él.

La cuestión está planteada: la espiritualidad se expande a medida que crecen las dimensiones para entender el mundo, el hombre y la realidad, y a éstos desde Dios. El problema no es la expansión; la dificultad tal vez sea los intereses que dilatan las comprensiones por el acercamiento a lo que se llama Dios.

2. LA ESPIRITUALIDAD: ¿UNA EXPERIENCIA RELIGIOSA O UNA EXPERIENCIA A TRAVÉS DE LA RELIGIÓN?

Cotidianamente existen muchos matices para comprender las diversas experiencias que se denominan como espirituales. En ocasiones, casi que por desconocimiento, se puede afirmar que son sólo experiencias de carácter religioso que poco o nada aportan al desarrollo espiritual del ser humano, pero que, aún así, son tenidas como espiritualidad. Quizá la confusión no sea por lo que se vive, sino por la manera como se nombra lo que se vive, y ser ciego no necesariamente significa que alguna vez se haya visto la luz.

La espiritualidad y la religión son un matrimonio que culturalmente ha estado anclado en el imaginario colectivo, y aunque se cuenta con cierta claridad diferenciadora, el concepto *espiritual* es utilizado para englobar realidades que se quedan sólo en el campo de lo religioso, al menos así se piensa en el contexto cristiano. Pero ¿es lo mismo ser espiritual que religioso? El hecho y el acontecimiento de la religiosidad es un asunto muy marcado en el contexto popular, en el dominio público; no ocurre lo mismo cuando se hablase espiritualidad (*con todo lo que ésta implica*). Tal vez muchas de las comprensiones son acentuadas por la experiencia religiosa que se ha tenido en la vida, y la espiritualidad termina conjugándose en su comprensión, con los actos de piedad propios de una determinada religión, para nuestro caso el Cristianismo.

La conexión de religión con espiritualidad se da en una misma raíz: los estilos de vida, las elecciones de orden vocacional y las prioridades humanas llevan a comprender la religión como una opción de crecimiento espiritual, pero aún así, no se puede garantizar que la práctica de la vida religiosa sea garantía de espiritualidad, porque aunque una y otra *sintonizan* con la divinidad, el ejercicio ritual debe trascender al espacio de lo sensitivo, lo cognitivo y lo volitivo para ser una realidad que permee la existencia,

ahí se hablaría de espiritualidad. Hay quienes consideran que religión y espiritualidad están en el mismo nivel de comprensión; ante todo se debe tener la claridad que lo uno no necesariamente exige o denota lo otro, pues se puede llegar a ser espiritual y no estar adscrito a religión alguna. De hecho, hay muchos sujetos religiosos y poco espirituales.

La base de dicha tendencia es la unificación de experiencias desde las expresiones que acercan tanto a la religión como a la espiritualidad; de hecho, se habla de la génesis y contención de una y otra, pareciera que hay una codependencia o una consecuencia lógica cuando se experimenta una vivencia, llámese religiosa o espiritual.

La discusión seguirá en pie; mientras no se rompa el paradigma de asociar experiencias y equiparlas al mismo nivel será muy difícil descentrar los intereses y darle sentido a la vida del creyente. Lo verdaderamente importante llegará a ser significativo cuando se asuma incluso lo expuesto por Castillo (2008): “Si entendemos la religión como relación con el Trascendente, está claro que la espiritualidad cristiana no se puede entender si no es precisamente eso, es decir, relación con el Ser Supremo” (p. 36). Las diferencias siempre estarán, porque no se puede negar que hay un sinnúmero de personas religiosas que poco han crecido en el orden espiritual, mientras hay quienes alejados de los estereotipos religiosos y confiados en su vivencia espiritual, son más rituales y *religados* que los que así mismos se llaman religiosos.

Ya sea desde la espiritualidad o desde la religión, o en la mixtura de ambas, lo que se evidencia es la necesidad de educar al creyente para que sea conocedor de su experiencia de su religión y de su proceso espiritual, o de su relación íntima con Dios, la nominación no es lo que más desgaste bajo este esquema.

Apostar por la comprensión de la espiritualidad sin estar condicionados a las estructuras religiosas, es también creer que hay una genuina necesidad en el ser humano de estar en constante camino de perfección, en búsqueda constante de sentido; un sentido que se resignifica desde la relación con lo Otro, ese Otro que se llama Dios y que está en el centro de la historia de cada sujeto, porque desde él se entiende o a él se dirige para comprenderse. El asunto va más allá de un marco de creencias determinado, es una apuesta permanente por reconocer que el cuerpo no es lo único que acompaña la

estructura humana, y que esta temporalidad tiene un sentido desde las dimensiones que se esperan, en actos de confianza y fe, porque de lo que viene no se sabe nada.

En otras esferas se encuentran también posiciones tan marcadas por las tendencias no tradicionales, como la de Zohar y Marshall (2001), citados por Villarini:

Lo espiritual significa estar en contacto con un conjunto más grande, profundo y rico que sitúa nuestra presente situación limitada en una nueva perspectiva. Es poseer un sentido de algo más allá, de algo más que confiere valor y sentido en lo que ahora somos (...) Sea cual fuere nuestro uso específico de lo espiritual, sin él nuestra visión queda nublada, nuestras vidas parecen pobres y nuestros objetivos penosamente finitos.

La espiritualidad es, sin más, un asunto constitutivo de la persona, y piénsese como se piense, vívase como se viva, el ser humano está avocado hacia una realidad trascendental que lo supera en su razón y que impera en su interior. Cristianamente se habla de volver a la casa, aquella que ha sido preparada por el mismo Dios (Jn. 14, 2), esa casa que es como el origen originante de toda aspiración del alma, del espíritu. No hay por qué dudarle “en nuestro interior siempre hay algo que anhela regresar a casa, y Él es ese algo” (Williamson, 1992, p. 58).

La espiritualidad, la religión, el ser humano, son realidades fundantes de una única experiencia: el camino de perfección hacia el que tiende la creación. Todo es susceptible de ser mejorado, de perfeccionarse, de desarrollarse para evolucionar a otro nivel; ese será precisamente el aspecto que se relacionará en adelante.

3. LA ESPIRITUALIDAD UN MEDIO PARA EL DESARROLLO HUMANO

Actualmente, son muchas las alternativas de desarrollo que se proponen para el ser humano; desde los programas de orden gubernamental, hasta las más sencillas apuestas de orden social de cualquier ONG, hay referencias

inmediatas al deseo frontal de contribuir con el desarrollo humano. A eso le apuesta, incluso, la epistemología de la globalización y las mismas coordenadas del capitalismo, y aunque el neoliberalismo sea o no procedente y recurrente para sistemas de vida como el del caso colombiano, lo único certero es que con capital o sin él, con sistemas estructurados o bajo el esquema de ensayo – error, el ser humano se emancipa en sus ambientes propios de significación desde adentro y, sin más, esto es otra manera de irradiar las realidades internas (quizá espirituales) que se viven, se tienen, se gozan.

La apropiación de un sistema determinado de crecimiento espiritual le permite al ser humano avanzar en las comprensiones de la vida, de su vida, de la vida de otros; la vida se dinamiza, resignifica y avanza a medida que la asunción del espíritu es mayor en los ambientes de actuación de cada persona. Esto no es espiritualizar la realidad, es más bien poder pasar por el rasero o filtro de *Otra significación todo lo que se vive*, se padece o se goza.

Tradicionalmente se ha asociado la espiritualidad a las esferas de lo religioso y a los espacios de conexión con la divinidad, pero a medida que han avanzado las posibilidades de potencialización del ser humano, se ha ido abriendo una brecha distinta que permite comulgar con la idea de la espiritualidad en los más altos niveles de competitividad del ser humano, incluso dentro de los estamentos epistemológicos y pedagógicos se habla de la Inteligencia Intrapersonal, entendida como “la habilidad de la autointrospección, y de actuar consecuentemente sobre la base de este conocimiento, de tener una autoimagen acertada, y capacidad de autodisciplina, comprensión y amor propio” (Gardner, citado por Hernández. Texto recuperado virtualmente). Y aquí no termina la cuestión, pues apoyados en estas inteligencias del ser humano y llevando a un ordenamiento superior algunas de ellas se habla también de la inteligencia espiritual, comprendiéndola como esa posibilidad de adquirir una mirada distinta de la vida que a la vez eleva el ser humano a un plano superior de interacción:

La inteligencia espiritual no es un monopolio de las religiones, es un patrimonio del hombre. La inteligencia espiritual relaciona el espíritu y la materia, se ocupa de la trascendencia, de lo sagrado, de los comportamientos virtuosos: perdón, gratitud, humildad y compasión, de comprender que somos parte de un todo con el cual necesitamos estar en contacto. Algunos lo hacen orando, otros asumiendo su responsabilidad social, practicando las leyes espirituales del amor, paz, felicidad. Son los que mejoran la

calidad de sus vidas. Si el intelecto se olvida de la compañía del espíritu, degrada el medio ambiente, las creencias, la familia; es decir aquello que más importa. (Krell, s.f)

Actualmente, desde los planos educativo, científico y laboral se habla de una apuesta por la integralidad del ser humano, y dicha integralidad abarca también los umbrales de lo estético y, desde allí, de lo espiritual.

La espiritualidad también es posibilidad de educación; desde ella el ser humano avanza en la manera como entiende el mundo, como asume la cultura, como comprende su propia vida. Hay quienes se pasan toda la vida sin lograr encontrar el *estatus quo* de su existencia, porque el autoconocimiento también es un acto que exige la unión de razón y espíritu. A medida que se crece en el espíritu, se puede llegar a trascender la existencia a un nivel superior, en lo personal, en lo emocional, en lo relacional, en lo profesional.

El hombre y la mujer como sujetos de creencias y con posibilidades inherentes de ser cada vez más en todos los sentidos, están estrechamente ligados a los nobles deseos de avanzar, de subir, de progresar, de desarrollarse. El alma, motor del ser, y el espíritu, son realidades no materiales que impulsan la estructuración de mejores condiciones de vida; de ahí que en ocasiones no sean esos impulsos los que motivan el bienestar y termina el ser humano desvinculado del proyecto de Dios, entendido éste desde la concepción cristiana, donde se afirma que es desde el interior del hombre de donde salen todas las pasiones y deseos que generan bienestar o malestar:

¿Ni si quiera ustedes son todavía capaces de comprender?;no entienden que todo lo que entra por la boca va al vientre, para después salir del cuerpo? Pero lo que sale de la boca viene del interior del hombre; y eso es lo que lo hace impuro. (Mt 15, 16 – 19)

No cabe duda, la espiritualidad es una vía de perfeccionamiento para el ser humano, desde ella la persona puede llegar a ser mas persona, el humano más humano en todas y cada una de sus dimensiones.

Mucho se habla en el mundo moderno de calidad de vida, tanto que los mismos sistemas empresariales, gubernamentales y de educación se miden desde las políticas de calidad, y bajo estos parámetros se diseñan

las estrategias y alternativas de progreso y avance de cada uno de estos artificios. La condición de trascendencia del ser humano no está lejos de estas coordenadas, dado que en los ideales de las personas que apuestan por la espiritualidad, se encuentra la idea que ésta ayuda a favorecer las condiciones de vida, pues desde ella se pueden aprender a leer otras ópticas del mundo y por ende se generan nuevas esperanzas para ser y hacer en la vida.

Ser espiritual es también esperar a que las construcciones de vida tengan su efecto positivo en algún momento de la historia personal. Cuando se habla de desarrollo no se puede hablar de inmediatez, esto requiere un proceso, constancia, perseverancia, esfuerzo, sacrificio, dedicación y el profundo convencimiento de que la semilla que se siembra toma su tiempo para germinar. Dentro de las expectativas cristianas esto es contundente, desde los inicios se tiene como máxima de esperanza y el consuelo (*Cfr.* Filp. 1, 6).

La categoría de tiempo como condición de esperanza y germen de la espiritualidad viene desde antiguo (*Cfr.* Ecle. 3, 1-8), es una realidad que abarca todos los estadios de vida, los sentimientos, las experiencias, los sueños y las frustraciones; todo, absolutamente todo, porque se tiene la certeza de que la espiritualidad transforma la vida en cada acontecimiento, pues ella es mediación con Dios y él lo abarca todo. Así lo pensó el mundo antiguo y luego los romanos y cristianos.

El tiempo es la condición más condicionante del ser humano y allí está la única posibilidad de abrir espacio al futuro y a la construcción de la realidad, dimensiones específicas de la espiritualidad. En estas coordenadas el hombre y la mujer se resignifican, buscan el sentido, construyen mundos, figuran ideas, matizan la vida, la desarrollan.

La espiritualidad, en la religión o fuera de ella, comunitaria o personalmente, impulsa los umbrales del porvenir del ser humano. Quizá el miedo sea una de las condiciones que más mengua los esfuerzos del espíritu y, a la vez, sea el detonante de un mundo sin sentido, donde el amor como realidad natural y hecho permanente de la existencia de Dios va cediendo paso a otras formas de morir en la vida: la espiritualidad siempre le permitirá al hombre y a la mujer avanzar en camino de trascendencia, llegar a la plenitud, comprender la vida; pero mientras exista el miedo, no hay razón para creer que se es espiritual: la espiritualidad puede llegar a ser un medio

de desarrollo humano, cuando el sujeto de espíritu se vacía en las manos de Dios, en la esperanza de que todo puede ser mejor.

El amor es aquello con lo que nacimos. El miedo es lo que hemos aprendido aquí. El viaje espiritual es la renuencia al miedo y a la nueva aceptación del amor en nuestro corazón. El amor es el hecho existencial esencial. Es nuestra realidad última y nuestro propósito sobre la tierra. Tener plena conciencia de él, tener la vivencia del amor en nosotros y en los demás, es el sentido de la vida. (Williamson, 1992, p. 24)

La espiritualidad entroniza en el ser humano las sustancias divinas que permiten al hombre como sujeto creador dar consistencia a la obra del creador. Ser espiritual y encontrar desde allí múltiples posibilidades de desarrollo, es entender que Dios no es un asunto para condicionar la conducta y la moral de los humanos, es aceptar que hay algo mayor por comprender o por construir o sencillamente por resignificar, y que dichos actos del espíritu sólo son posibles cuando se armonizan las mediciones del ser con las del pensar.

El ser humano es un buscador de la verdad: cristianamente, mucho se ha dicho para tratar de comprender lo que alguna vez anunció Jesús en relación con el Reino de los cielos, una categoría eminentemente teológica, por tanto espiritual, que se desarrolla en el interior con manifestaciones externas, así también sucede con la espiritualidad, ella se gesta en el interior y de vez en vez se deja ver en los actos que son comunicados al mundo. Recorro precisamente a esta figura del Reino de los cielos, tal vez porque sea ese el mundo que se teje en el interior del hombre que es espiritual. Algunos teólogos, apoyados en la historia, también comprenden el Reino así: “No es un reino como los de este mundo; su lugar está en el interior del hombre. Allí crece, y desde allí actúa.” (Ratzinger, 2007, p.77)

La espiritualidad es un camino de entrega y renuncia. Renuncia a los prejuicios de la mente, entrega al mundo de Dios y “aquello que se entrega, es lo que mejor cuidado estará” (Williamson, 1992, p. 74). En todo su esplendor, en proceso de consolidación o como iniciados, la espiritualidad siempre tendrá algo que aportarle al ser humano, algo que decirle, algo que mostrarle: es una decisión de vida. El espíritu no queda vacío cuando se acerca al viaje espiritual.

4. DE LA ESPIRITUALIDAD A LA VIDA

¿Cuántas veces el ser humano se dice a sí mismo ser espiritual, pero está completamente desarraigado de la esperanza esperanzadora en su día a día? La espiritualidad deberá como siempre mantenerse en su *quid*, donde sus bases estructurales son un entramado de significaciones que permiten al creyente ir más allá en todos los niveles de su existencia. La espiritualidad no puede ni debe ser un apéndice coyuntural que sirve como sedante frente a los dolores de vida. La espiritualidad es la adopción confiada de un sistema de significaciones y comprensiones que le permiten al ser humano dimensionar todas las posibilidades de su trascendencia, en un viaje hacia el mejoramiento y quizá la perfección, sino de toda la existencia, al menos de algunos aspectos fundantes de vida que hacen valiosa la experiencia de ser, pensar, hacer y transformar la vida.

La vida es lo único que tiene el ser humano bajo su cuidado, y en cada una de sus formas y expresiones, reclama que sea atendida, valorada, resignificada y servida. Y, ¿cómo se puede comprender esto? La respuesta es sencilla: desde la espiritualidad. Una espiritualidad que le permita al creyente atender su vida, valorarla, resignificarla y servirla.

Una espiritualidad que atiende la vida: “¿Qué provecho saca el hombre de tanto trabajar en este mundo?” (Ecle. 1, 3).

Cristianamente se ha afirmado que la vida del ser humano está en las manos de Dios, que él como su creador dirige y sostiene la existencia, y en actos de fe es evidente tal concepción; pero no por esto hay que llevar la significación de esta experiencia al asistencialismo de Dios, donde la creatura en un acto irresponsable por la vida deja y “confía” que su Dios le haga todo. Esa no es la espiritualidad que se busca, que se entiende y que se espera para el creyente de hoy.

Hablar de una espiritualidad que atiende la vida, es pensar en las posibilidades de comprensión, apertura, visión y trascendencia que suceden en el interior del ser humano cuando se da a la tarea de ser y vivir su realidad espiritual. Atender la vida es estar al servicio de la vida, es permitirle ser medio para la ascensión de la existencia a un nivel superior. La espiritualidad, dadas las condiciones de vida que asiste la humanidad en el hoy, debe permitirle a la persona tomar el control total de su vida, esto es, preparar el alma, la

mente y el corazón para la toma de decisiones, es también gestar acciones de cambio y transformación desde el interior, es creer que todo es posible cuando se tiene la mirada puesta en la esencia del creador, sin más palabras la bondad materializada en actos de amor.

Una espiritualidad que atienda la vida es aquella que descubre en cada experiencia de vida una maravillosa posibilidad de crecimiento. Es necesario dejar a un lado ese legado de dolor y tragedia, es oportuno salir de la mentalidad aquella que le hace creer al ser humano que la vida es una lucha, que cansa, que fatiga, que desilusiona; aunque sean muchos los obstáculos de vida que se tejen en la historia de cada individuo, la espiritualidad es respuesta y llamado a la renovación interna, dado que Dios actúa desde dentro. Es urgente descubrir que cada día es bendición: “No nos damos cuenta de que el presente es siempre una oportunidad de volver a empezar, un momento colmado de luz” (Williamson, 1992, p. 92).

Una espiritualidad que valora la vida: “¡Vana ilusión, vana ilusión! ¡Todo es vana ilusión!” (Ecle. 1, 2.).

Entender las formas de ser espiritual desarraigados del valor supremo de la vida, es perder el norte y rumbo hacia el que camina el espíritu. La vida debe ser abarcada y perfeccionada desde la espiritualidad. No hay límites en la vida que el espíritu no pueda permear. Todas las realidades que constituyen la existencia del creyente son susceptibles de ser iluminadas por la vida en el espíritu. Ni el pecado está al margen de esta realidad, pues a él se llega la espiritualidad para limpiarlo y transformarlo en acciones de bondad, en reflejos de Dios, ¿acaso no es esa la glorificación de la que habla la tradición cristiana? Hasta en el pecado la fuerza del espíritu interviene para regenerar.

Comprender la espiritualidad como una experiencia que valora la vida es permitir que aquello que se asumido como creación de Dios pueda darle gloria a él. Quizá en los afanes del día a día, en los ritos por vivir, en las normas por cumplir y todos los demás bemoles del creyente, la vida se ha convertido en una carrera de obstáculos para llegar a Dios; y en los pasos mal andados y en las luchas mal libradas el espíritu se ha debilitado, quedando como única alternativa al creyente suplicar para que Dios le cambie su vida. Y la espiritualidad no pide cambio de vida, ella aboga por un cambio en el creyente que pueda transformarle su vida.

Una verdadera espiritualidad permite que la acción de Dios se manifiesta en la creatura y de este modo hace visible la fuerza del espíritu. Dios obra desde dentro, Dios actúa en el plano espiritual, él actúa en el creyente y desde ahí gesta las modificaciones que acontecen en el plano material. El ser humano es materia y espíritu, por lo cual “la plegaria no es tanto para que Dios nos cambie la vida, sino más bien para que nos cambie a nosotros” (Williamson, 1992, p. 90).

Una espiritualidad que resignifica la vida: “Nada habrá que antes no haya habido; nada se hará que antes no se haya hecho. ¡Nada hay nuevo en este mundo!” (Ecle. 1, 9).

¿Para qué un sentido de vida que no sea capaz de innovar incluso lo que es novedad en la vida? La espiritualidad aún en medio de los códigos establecidos debe estar en condiciones de llevar al creyente a espacios no imaginados. La espiritualidad debe ser siempre novedad, como es novedad la acción de Dios en la vida del hombre y la mujer. Teológica y bíblicamente se afirma que Dios “es el mismo ayer, hoy y siempre...” (Hb. 13, 8), pero su manera de actuar y la forma de expresarse en bendiciones siempre serán novedad para el ser humano. ¿Dónde está la ruptura?, ¿de dónde la imposibilidad para vivir esa novedad? La espiritualidad debe ser la respuesta y la mediación. El espíritu también avanza, también se desarrolla, porque a medida que se es más receptivo a la acción de Dios se expanden las posibilidades del espíritu. Dios siempre actúa, el espíritu está llamado a siempre verlo actuar.

La espiritualidad, hoy más que nunca, tiene la obligación de propiciarle al ser humano los elementos necesarios para la resignificación de la vida, de la historia, del presente, y desde ahí la consolidación del proyecto de Dios en la vida; un proyecto que se renueva y se amplía desde las dimensiones del espíritu. Cuando crecen las potencialidades del espíritu, entonces crecen las comprensiones y espacios para Dios actuar. Quizá sean muchas las opciones y emblecos que el mundo moderno ha traído a la humanidad para que se asista a la experiencia de Dios, y esto ha generado crisis, confusión, desarraigos y malas interpretaciones hasta de la religión, lo que queda como resultante, una sentida ocasión para educar en la sana espiritualidad.

Seguramente, quienes se interesan tanto por los temas de esoterismo no lo hacen por simple curiosidad. Lo más probable es que en eso buscan también lo que ahora más echa en falta la gente: *el sentido de la vida*. Sería importante ayudar a muchas personas a comprender que acudiendo a leyendas o historias curiosas de tiempos pasados, a fenómenos extraños y cábalas místicas, por supuesto, satisfacen la curiosidad y quizá se distraen. Lo que habría que preguntarse es si por ese camino le van a encontrar el sentido a la vida que llevan y que, con frecuencia, es sencillamente un sin – sentido a secas. He aquí una de las tareas más necesarias de la espiritualidad en este momento, quizá la más urgente. (Castillo, 2007, p. 149)

El ser humano se cansa, se debilita, se agota, se deteriora, y pareciera que lo único realmente efectivo para regenerar su vida, su alma, y volver a tener el aliento de vida se llama espiritualidad. No hay por qué dudar, ni siquiera temer decirlo: la espiritualidad es camino constante de resignificación, donde los mundos paralelos se pueden conjugar en una única realidad, y ese paralelismo que se llama cuerpo – historia, se asocia a las realidades que nombramos como espíritu– experiencia. La experiencia es el límite para Dios, después de ella viene el sentido que sorprende las pequeñeces de la historia, eso se llama milagro: “Mientras no nos sanemos nuestros demonios internos, de nuestros hábitos mentales atemorizantes, convertiremos cada situación en la misma dolorosa tragedia que la anterior” (Williamson, 1992, p. 92).

Una espiritualidad para servir la vida: “Sale el sol, se oculta el sol, y vuelve pronto a su lugar para volver a salir” (Ecle. 1, 5).

La vida como don también es dádiva. Si Dios la da, yo la doy, si Dios la sirve, yo sirvo con ella. Una espiritualidad arraigada en el sentido de la vida, es una apuesta para el servicio. La misma propuesta evangélica lo contempla y lo proclama: “Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis” (Mt. 10, 8).

¿Cómo es posible tener el espíritu henchido de luz, bondad, amor, de Dios, y no vaciarlo para convertirlo en fuente de dones y bendiciones? La espiritualidad que se centra en la vida, se dona, se vacía, se entrega para que otros crezcan, para que otros se desarrollen y así se completa el ciclo de transformarme mientras ayudo a transformar, de sanarme mientras ayudo a sanar. Si bien es cierto que la espiritualidad no es un dispensador de

bondades, si es la artífice de muchas cosas buenas en el espíritu, en la vida, en la mente, en el alma, en la existencia toda, porque “Dios lo abarca, lo penetra todo, lo llena todo” (Sal. 138).

Desde la propuesta de vida cristiana, el creyente está inscrito en las listas de obreros que construyen el Reino de Dios, un reino que busca la plenitud, la felicidad, la salvación; un reino donde los seres humanos en sus respectivos hábitat viven con Dios, es decir, la muerte no es el paso al encuentro con Dios, es sólo el tránsito a un nivel de vida en plenitud de Dios, pero al vida con Dios se hace, se construye, se disfruta acá. La clave es entender el reino como lo pudo haber entendido el mismo Jesús.

A todos nos ha sido asignado un sector del jardín, un rincón del universo que nos corresponde transformar. Nuestro rincón del universo es nuestra propia vida – nuestras relaciones, nuestro hogar, nuestro trabajo, nuestras circunstancias actuales – exactamente tal como es. Cada situación que nos encontramos es una oportunidad, perfectamente planeada por el Espíritu Santo, para enseñar el amor en vez del miedo. (Williamson, 1992, p. 90)

El servicio es una realidad que acompaña las esferas del *alter ego* humano; a todos los seres humanos les corresponde un algo y un alguien para ser y hacerse. Lo primero es servirse en la propia vida, ministrarse, nutrirse, llenarse, formarse, amarse, y luego abrir los ojos ante el mundo y dar lo mejor de sí: una espiritualidad que no sirva para servir la vida, es una espiritualidad inconclusa, sosa, carente de trascendencia.

A modo de conclusión: la espiritualidad aboga por ser globalizada en el ser humano, hay que llevarla a todos los niveles de desarrollo que acompañan los procesos de vida. Hay que atenderla, valorarla, resignificarla, servirla. La máxima dimensión de espiritualidad viene dada en las coordenadas del amor, aquél que todo lo espera y cree (1 Cor. 13, 7). El verdadero inicio de una espiritualidad como medio de desarrollo es el retorno genuino, sentido y profundo hacia el amor.

La espiritualidad es, por tanto, el reencuentro con la esencia de lo que el ser humano es, con el anhelo de lo que quiere ser, con el amor que lo ha creado y que definitivamente lo seguirá recreando. Sólo queda abrir el espíritu

para que se expanda y se desarrolle la vida. La apuesta por el desarrollo, el medio es la espiritualidad. A fin de cuentas, siempre llegaremos a Dios.

REFERENCIAS

- Castillo, J. M. (2008). *Espiritualidad para insatisfechos*. Madrid: Editorial Trotta.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Recuperado de <http://www.rae.es/rae.html>
- Estrada, J. A. (1992). *La espiritualidad de los laicos*. Madrid: Cristiandad.
- Gamarra, S. (1994). *Teología espiritual*. Madrid: BAC.
- Gutiérrez, G. (1990). *Teología de la liberación*. Salamanca: Sígueme.
- Hernández, E. (s.f). *Las inteligencias múltiples*. Recuperado de http://www.psicologia-online.com/infantil/inteligencias_multiples.shtml
- Krell, H. (s.f.) *Inteligencia Espiritual*. Recuperado de <http://www.ilvem.com/shop/otraspaginas.asp?pagina=379>
- Ratzinger, J. (2007). *Jesús de Nazaret*. Ciudad del Vaticano: Planeta.
- Tamayo, J. J. (2005). *Nuevo diccionario de teología*. Madrid: Editorial Trotta.
- Vidal Talens, J. (1999). *Teoría del Conocimiento Teológico*. En Izquierdo, C., *Teología Fundamental, temas y propuestas para el nuevo milenio* (569-633). Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Villarini, J. A. (2004). *El sentido de trascendencia*. Recuperado de <http://www.monografias.com/trabajos37/trascendencia/trascendencia2.shtml>
- Williamson, M. (1992). *Volver al amor*. España: Urano.